

Domingo 11 de Marzo, 2018
Cuarto Domingo de Cuaresma

Meditando la Palabra de Dios:

Estimados hermanos y hermanas, hoy la primera lectura muestra el proceso de traición e infidelidad a la alianza del pueblo, que guiado por sus jefes y malos sacerdotes, abandonan al Señor, profanan el templo y desprecian a los profetas. Dios les llama la atención, hasta que como dice el texto: “ya no hubo remedio”. Entonces llegan los Caldeos, destruyen el templo y los llevan como esclavos a Babilonia. Después Dios manifiesta su amor salvador: “movió el Señor el espíritu de Ciro, rey de Persia” y los liberó.

Con esto quedan claras dos cosas; que nosotros podemos romper la alianza, ser infieles, por el pecado; y que Dios sigue fiel a pesar de todo. Lo que más impacienta a Dios no es la realidad del pecado y de la debilidad humana, sino la actitud de ceguera, de negarse a la luz; no los actos malos, sino las actitudes que están detrás de los actos. San Pablo dice a los Efesios en la segunda lectura: “Dios, rico en misericordia por el gran amor con que nos amó; estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir en Cristo, nos ha resucitado con Cristo”. La Cuaresma es el tiempo de la misericordia, del amor de Dios que es fiel y nos hace revivir de tantas actitudes muertas, reanimándonos a nosotros y a nuestras comunidades parroquiales.

Muchos conocemos la historia de Nicodemo, la cual continúa hoy en Evangelio. Es el que vino de noche a buscar la luz, al que le dice Jesús que tiene que nacer de nuevo del agua y del Espíritu. Sin Espíritu no hay novedad, ni renovación de nuestras actitudes o superación de nuestros pecados que rompen la alianza. Jesús es la respuesta de Dios al pecado del hombre. Ese amor es el centro del cristianismo y de lo que celebramos en Cuaresma y en el Triduo Pascual, por ese amor se nos hace nacer de nuevo a la vida eterna, eso es la resurrección. “Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”.

El juicio existe, como se nos dice al final de este Evangelio, es el juicio de la luz. Cristo, la luz, ilumina nuestra vida y, como toda luz, por sí sola discierne, divide y separa. En la oscuridad todo es lo mismo, todos los rostros tienen la misma sombra. Al penetrar la luz, se obra el juicio. Todo se ve tal cual es. Cuando el hombre vive una conciencia infantil necesita que el juicio venga de fuera; por eso se aferra a las leyes. Quien abraza la luz con sinceridad es juzgado como hijo de la luz y pertenece a la vida. Quien opta por la mentira, la doblez, la hipocresía, no necesita juez, abrazó el mundo de las tinieblas y a él pertenece. El que obra conforme a la luz, pone de manifiesto que “sus obras están hechas según Dios”.

Caminando juntos como hermanos:

Hermanos y hermanas, en esta cuarta semana de cuaresma podemos preguntarnos: ¿cómo podemos ser mejores cristianos? ¿cómo superar la infidelidad y el pecado? Jesús no da respuestas a Nicodemo ni a nosotros, es un proceso, un dejarse llevar, buscar la luz, meditar la Palabra, amar la tarea de cada día. Lo esencial es que Dios ha tomado la

iniciativa y la decisión de amarnos para cambiarnos. Éste es el nuevo nacimiento y el descubrimiento de que todo es gracia.

Hoy celebramos Domingo de Laetare, de Gozo, marca la mitad de la Cuaresma. ¿Cómo te estás preparando para celebrar la gran fiesta de la Resurrección el Domingo de Pascua? Una manera muy importante de prepararnos es con el sacramento de la Reconciliación. El Servicio Penitencial es esta semana, miércoles 14 a las 7pm.